

abogados de gran renombre (la Sra. Sauquillo y otros de infausta memoria) han convertido a las víctimas en un colectivo aislado e impotente a merced de sus verdugos. La mayor preocupación de toda esta morralla democrática es el cuestionamiento por parte de los trabajadores de la lex burguesa, y por esta razón se apresuran a pregonar: "la ley nos protege; la ley está bien hecha; lo que falla es la aplicación de la ley". Esta será siempre la misión de los agentes de la burguesía, individualizar y desviar las responsabilidades para mantener immaculado el modo de producción mercantil-capitalista.

Cualquier subterfugio les resulta válido para encubrir lo que Marx adelantaba ya en su insuperable y demoledora crítica de las concepciones reaccionarias del pequeño burgués Proudhon: "(...) EN UNA SOCIEDAD BASADA EN LA MISERIA, LOS PRODUCTOS MAS MISERABLES TIENEN LA PRERROGATIVA FATAL DE SERVIR PARA EL CONSUMO DE LAS GRANDES MASAS". (Miseria de la Filosofía).

El aceite de colza tuvo esa prerrogativa fatal ¡y tan fatal! Ignoramos cual será el siguiente envenenamiento masivo (lenta y cotidianamente sufrimos otros más imperceptibles), pero tenemos la certeza de que ocurrirá, y poco importa que sea en esta cada vez más devastada península o en cualquier otro lugar del globo no menos devastado. Para evitarlo la clase obrera no puede esperar garantías de ninguna de las instituciones manejadas por la burguesía. La única garantía para el proletariado reside en la instauración de su dictadura revolucionaria de clase y en la destrucción violenta de todo el orden burgués.

* * * * *

SOSTENED ECONOMICAMENTE LEED Y DIFUNDID EL COMUNISTA

ALGUNAS PRECISACIONES ACERCA DE LAS REVUELTAS EN VENEZUELA, ARGENTINA...

Tras la explosión social de finales de febrero-primeros de marzo pasados en Venezuela, (ver El Comunista Nº18- mayo 1989), a finales de mayo y primeros de junio se reprodujeron otras revueltas en varias ciudades de Argentina (Rosario, Buenos Aires, San Miguel, Córdoba, Tucumán, etc.) y aunque no alcanzaron ni la profundidad ni la extensión de Venezuela donde se paralizó la producción, si tuvieron como trasfondo las mismas causas: la miseria acumulada en amplias masas de los trabajadores, con la correspondiente hambruna y las subidas de precios de cada día en los productos de primera necesidad. Más de un tercio de la población sobrevive con el salario mínimo, salario mensual que el diario económico de la burguesía española (5 Días 31-5-89) cifraba en "20 dólares"; unas 2.500 ptas.

El Estado burgués ha dado las cifras oficiales de 14 muertos y 80 heridos, cifras que multiplicadas por diez aún se quedarán cortas. Pues sólo en la ciudad de Rosario se explicaba así la situación en los hospitales atestados de heridos por balas: "En los hospitales se agotó hasta la anestesia" (El País 1-6-89).

El comportamiento de la burguesía y su estado ya es conocido. El de la pequeña burguesía, el de los intelectuales progresistas, el de los partidos de la izquierda democrática y el de las mafias sindicales fue el de hacer frente común con su estado y con las instituciones que lo sustentan. Idéntico a lo sucedido en Venezuela, etc. Pues aunque algunos partidos dieran su apoyo críticamente, pretendiendo llevar los problemas al parlamento, o mejor sería decir canalizándolos a través de las instituciones estatales (entre las que incluimos al aparato sindical), todos estos son los auténticos bomberos sociales, el sector del régimen institucional burgués más peligroso, por tener cierta capacidad de engaño entre los trabajadores.

La sacudida de los hambrientos sirvió de palanca ante empresarios-gobierno-mafia sindical para un aumento del salario mínimo, que a partir del 1 de junio pasaba de 4000 a 8.700 australes, aunque una inflación del 100% durante el mes de junio se comió el aumento salarial. Además aceleraba el cambio de gobierno, aunque no de política antiobrera: "Menem apoyará toda su política económica en el pacto social", y "las propuestas del presidente reciben el apoyo de empresarios y sindicatos" (5 Días 19-6-89). También ha servido para acelerar la puesta en práctica de la "Ley de punto final y obediencia debida" del gobierno radical, lo que ha conducido a la liberación de los conocidos carniceros, bien conservados por la burguesía. (Sobre este tema, ver El Comunista Nº18, donde se

hablaba de la explosión social y de la liberación de los "milicos").

La política del gobierno peronista, que tomaría posesión a primeros de julio, era la expresión de una ley seca: la gasolina, la electricidad y el gas se encarecían entre un 500% y un 850%, y con ellos la subida en cascada de los productos de primera necesidad. Y "una devaluación monstruo que supondrá obtener alrededor de 600 australes por cada dólar" (5 Días 10-7-89). Y este mismo periódico burgués sintetizaba la continuidad de la política del gobierno de los militares y de los radicales: "Las consecuencias de las medidas económicas del Gobierno dejarán a un amplio grupo de argentinos, cifrado en principio en torno a los 4 o 5 millones, en la más completa marginación". El capitalismo casi europeo de América del Sur, el capitalismo argentino, no da más de sí, y una vez más se demuestra que la distribución de los productos (eso que los economistas burgueses llaman valor añadido) del trabajo es la expresión del grado de desarrollo de las luchas entre las clases, o lo que es lo mismo, el grado de autonomía clasista y de extensión organizativa alcanzado por el proletariado en el plano del partido político de clase y de sus organizaciones de lucha económica.

* * * * *

Vamos a intentar responder a algunos interrogantes planteados durante y después de las últimas explosiones sociales.

Una explosión social es el fruto de las contradicciones inherentes al modo de producción mercantil-capitalista. Se produce una explosión social (del tipo de la de Venezuela, Argelia, Rumania, Argentina, etc) cuando no hay organismos que canalicen hacia unos objetivos precisos y previstos (proletarios o democrático burgueses) las necesidades de amplias masas proletarias y capas muy empobrecidas de los grandes centros urbanos, y suelen tener lugar con la imposición de fuertes aumentos de precios en los artículos de primera necesidad y/o con la escasez de estos. La explosión social tiene unos caracteres naturales en una sociedad dividida en clases antagónicas, como un terremoto, un volcán o un rayo. Y tras la tempestad vuelve la calma, la quietud, que la represión del Estado burgués impone con su organización centralizada y con su programa político. A veces consigue frenar o retrasar la aplicación de las medidas gubernamentales, pero antes o después acaban imponiéndose esas medidas.

Y los defensores del materialismo histórico o dialéctico, debemos entender que las medidas económicas que toma la burguesía no las toma de manera caprichosa, sino por inexorable necesidad para la supervivencia de su sistema de competencia (de guerra comercial) internacional, y de explotación del proletariado mundial, e incluso empobreciendo o proletarizando a capas de pequeños propietarios urbanos y rurales. Y cuando la promulgación de las leyes no basta, cuando grupos o masas de individuos no se someten voluntariamente a la nueva situación, el determinismo económico (o lo que es lo mismo, la supervivencia de los intereses de la clase burguesa en el poder) se impone con la fuerza de las armas, incluso dejando de lado o aplastando a moralistas y demócratas sinceros.

Las burguesías de estos países (como lo han hecho o lo harán en los otros) han utilizado el monopolio de la violencia y del terror de clase, sabiendo que tras la caída no episódica de los precios del petróleo, del cobre, del estaño, de las materias primas en general, reducen drásticamente su acumulación de capital, y que ésta sólo se consigue haciendo producir a la clase obrera productos requeridos por el mercado a precios y calidades competitivas. O sea reduciendo drásticamente los costes de producción, el poder adquisitivo del conjunto de los trabajadores asalariados y tendiendo a liquidar el llamado "estado del bienestar", en especial los subsidios y subvenciones a los artículos y/o asistencia social de primera necesidad.

Estas explosiones sociales desesperadas, producto de 65 años de contrarrevolución burguesa, que con el apoyo del estalinismo, de la socialdemocracia y demás escuelas obreristas, han destruido o falsificado las tradiciones de lucha clasista, falsificando además el programa y la teoría marxista, con sus manifestaciones de saqueos y de apropiación individual de artículos de primera necesidad, son una rebelión espontánea de esclavos sin conciencia histórica, son como el rayo que destruye pero no enciende una lámpara o mueve un motor. Son como el desbordamiento de un río que arrasa todo lo que coge a su paso. Pero los marxistas ortodoxos no podemos condenarlas, sino ofrecerles una alternativa clasista en el plano inmediato e histórico.

Pués se demuestra que la energía de este rayo carece de conductores que la transformen en LUZ ELECTRICA. Se demuestra la ausencia de electricistas y de instalaciones ya prestas para tender hacia el objetivo finalista del alumbramiento de una nueva sociedad. La función de los electricistas (de los marxistas ortodoxos, y de las vanguardias proletarias) es la de trabajar con los materiales conductores, la de tender las instalaciones que deberán conducir esas energías ciegas, hacia un objetivo, hacia una finalidad histórica. El electricista nunca teorizará o seguirá a los que teorizan o practican alumbrarse con un fósforo en una noche de lluvia. No admitirá que una pequeña o gran ciudad, en 1989, pueda alumbrarse con fósforos, ni tampoco con velas. Exigirá luz eléctrica, luchará y trabajará por esa luz eléctrica. No se dejará arrastrar por el inmediatismo, por la ciega solución del hoy a cualquier precio, sin pensar que pasado mañana tendremos el mismo problema, el mismo hambre, las mismas necesidades o incluso mayores. Con el SACUDON venezolano las nubes descargaron su violentísima tormenta. ¿Y qué ha quedado de ese inmenso volcán y de sus lavas? De nuevo la impotencia, de nuevo la resignación de ese inmenso volcán y de su energía que se pierde y se extingue por falta de instalaciones adecuadas a su finalidad histórica.

Los marxistas tenemos principios, sabemos que los asaltos, los saqueos, no pueden destruir las leyes de la propiedad capitalista, pues esas leyes sólo podrán ser destruidas tras la conquista revolucionaria del poder político y de la instauración de la dictadura de clase, mediante la transformación revolucionaria de la sociedad o fase inferior del comunismo, que tendencialmente es mundial y no en un sólo país, como teorizó el estalinismo a partir de 1924.

Quizás alguien se pregunte: ¿Entonces, ¿cual

debe ser la alternativa inmediata?!

1) Las explosiones sociales espontáneas son el producto de la situación objetiva. Son "catástrofes" inherentes al modo de producción mercantil. Se ha demostrado que para eso no es necesario el concurso de los marxistas. Luego no tenemos como función atizar u organizar dichas explosiones ciegas con los saqueos que conllevan.

2) Nuestra función tampoco es defender la propiedad burguesa. No es la de ponernos delante de las masas famélicas y encolerizadas para que no asalten y saqueen los comercios...; esta salida es la más primitiva y la más ciega que la masa puede realizar y realiza por sí sola. Nosotros no nos horrorizamos porque la masa asalte, destruya o incendie los sagrados centros de la propiedad burguesa, pero tampoco lo potenciamos o lo teorizamos.

3) Nuestra función es utilizar el arma de la crítica, mostrando las causas de la explotación y de la miseria, tratando de politizar y clarificar, proponiendo la organización a los proletarios con un programa reivindicativo de aumentos salariales, de pensiones, de subsidio a los parados, contra los cortes de electricidad, de agua, de gas, contra los desahucios de la vivienda. Afirmando que todo esto es inalcanzable en la sociedad capitalista en crisis, por lo que teorizamos y proponemos la necesidad de su abatimiento violento cuando las condiciones objetivas y subjetivas lo permitan.

Incluso al calor de los enfrentamientos, de las barricadas, se debe proponer la alternativa de la organización inmediata con base económica, resaltando la necesidad de la organización en partido político de clase. Aprovechando esas situaciones para demostrar la ausencia de la una y de la otra y su necesidad para encuadrar, influenciar y dirigir a la masa, o al menos a minorías de la misma. Sin realizar esta difícil tarea, los proletarios y los comunistas estaremos siempre en el Km 0.

4) Un amplio movimiento reivindicativo organizado puede parecer inasequible, y en esta situación contrarrevolucionaria claro que lo es. El capitalismo en su etapa imperialista, no puede permitir la existencia de sindicatos independientes del Estado burgués, pero tampoco puede permitir la existencia del Partido Comunista de clase con cierta influencia entre los proletarios. Pero esto no es una cuestión legal o de tolerancia del enemigo de clase. Es una necesidad histórica. Al igual que un movimiento reivindicativo, quizás muy politizado, minoritario y clandestino o semiclandestino pero con base económica, es el único que puede mantener viva la llama, el que nos puede permitir la clarificación política de individuos o minorías si se está en contacto durante largos periodos de tiempo. Pues siempre fue y será necesario un duro combate contra las diversas corrientes del oportunismo, en el seno mismo de los organismos proletarios, para desenmascararlo en todas sus tendencias y facetas, sin cuyo desenmascaramiento permanente no podrá haber movimiento clasista.

5) Lo más fácil es el asalto y el saqueo. Lo realmente difícil es plasmar el descontento proletario en un movimiento organizado con un programa reivindicativo y de métodos de lucha clasista. En esta tarea sólo los marxistas ortodoxos

y las vanguardias proletarias que se desengañen y huyan de los caminos fáciles, podemos estar interesados, es nuestra tarea. Es nuestra propuesta. Es nuestra alternativa. Y todo lo demás es PAN PARA UN DIA Y HAMBRE MIENTRAS EXISTA CAPITALISMO.

6) El insustituible medio de lucha proletaria es la huelga, es la paralización de la producción y de la vida económica burguesa. También lo son las concentraciones y las manifestaciones de los distintos sectores de la producción y de los servicios, donde los trabajadores se reúnen, se conocen, discuten, se traspasan experiencias de luchas, sienten la solidaridad y la fuerza del número organizado. Pero la historia demuestra que todo esto requiere un tipo de organización específica: la organización con base económica, la organización sindical independiente de la burguesía y de su Estado. Esto es de vital importancia para dar continuidad a la lucha reivindicativa de los proletarios; las explosiones desorganizadas, sin objetivos claros y unitarios, por todos conocidos, no son medios de ofensiva proletaria, ni tampoco acciones de defensa, sólo son reacciones desesperadas de masas completamente desorganizadas y acorraladas por los constantes y concéntricos ataques de la burguesía.

Si no queremos que una vez tras otra la desesperada espontaneidad de las masas disperse y extinga sus energías naturales, como el rayo o el volcán, con explosiones sociales que nada consiguen y nada clarifican, debemos utilizar el arma de la crítica, mostrando que sin teoría revolucionaria que impregne a los movimientos reivindicativos del proletariado, no puede existir acción revolucionaria. Pero recalcando igualmente que sin lucha económica, el Partido Comunista de clase no podrá jamás influenciar, ni organizar, ni dirigir al proletariado en la lucha revolucionaria por la conquista del poder.

Por toda la experiencia histórica del movimiento obrero, el marxismo deduce dos principios básicos irrenunciables para los comunistas: 1) necesidad inexorable de la lucha económica del proletariado. 2) Los comunistas realizan una labor de clarificación política y de organización autónoma allí donde estén las masas obreras discutiendo de sus problemas cotidianos entre trabajo asalariado y capital e intentando oponerse a éste. Las corrientes políticas que niegan o rechazan estos dos principios son claros ayudantes de la burguesía. Aunque afirmamos que en esta situación contrarrevolucionaria, los movimientos sindicales que surjan, por muy amplios que sean, serán engullidos una y mil veces por las instituciones del estado burgués. Afirmamos que están condenados a correr la misma suerte que las grandes o pequeñas confederaciones sindicales democráticas que hoy existen en el mundo, que están integradas, que forman parte del conjunto de instituciones del estado burgués, como un pilar indispensable del mismo en la etapa imperialista del capital. Y afirmamos que de esas, de esos aparatos, es necesario cuidarse en las empresas y fuera de ellas, tanto como de la policía política en momentos de luchas clasistas o de explosiones sociales.

Nosotros planteamos la lucha conjunta entre trabajadores de todas las categorías o sectores, entre activos y parados, entre afiliados y no afiliados dentro y fuera de los sindicatos, pero

rompiendo con la línea política institucional que influencia y dirige con guante de acero a estos, y rompiendo igualmente con su control organizativo, lo que supone la imposibilidad de utilizar la estructura oficial en defensa de los trabajadores. Negando la posibilidad de conquista democrática y la posibilidad de ocupar cargos en los sindicatos institucionalizados.

* * * * *
* * * * *
* * * * *

LOS DERECHOS DEL HOMBRE SON LA BASE JURIDICA DE LA DOMINACION Y DE LA DICTADURA DE LA CLASE BURGUESA

Cuando la burguesía luchaba por su revolución, la revolución popular, contra la aristocracia feudal, la monarquía absoluta y el clero, enfrentándose en guerra civil abierta de clase contra clase, entonces era una clase revolucionaria. La clase feudal, detentadora del poder y de los privilegios temblaba ante la amenaza de las consignas burguesas. Temblaba ante la fuerza de las ideas que prendían entre las plebes oprimidas: la libertad, la igualdad, la fraternidad y la justicia. El triunfo de estas ideas significaba el fin del poder y de los privilegios de la clase feudal.

La burguesía teorizaba: todos somos iguales porque somos hombres; como hombres tenemos derechos y esos derechos deben ser iguales para todos. Así combatía los privilegios que las leyes clasistas de la sociedad feudal concedían o garantizaban a la aristocracia o clase dominante de la época; la reivindicación de igualdad ante la ley, representaba un gran paso adelante para los siervos de la gleba, aunque para la burguesía sólo expresaba el interés de su economía y no un interés general de todo el pueblo llano, como propagaba.

A la burguesía no le dolía el sufrimiento de los siervos de la gleba, ni su sumisión al poder absoluto del señor feudal. Le interesaba la libertad del siervo para emplearse en la naciente industria de las ciudades. Necesitaba mano de obra, y ésta estaba cautiva en los feudos.

La burguesía necesitaba la libertad de comercio para vender sus mercancías en todas partes sin traba alguna. Los feudos lo impedían. Imponiéndose la necesidad de acabar con los feudos y con el estado feudal que impedían el libre desarrollo de las fuerzas productivas. Como escribió Marx en el Manifiesto del Partido Comunista: "Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad

feudal producía y cambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad, cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. En su lugar se estableció la libre concurrencia con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación económica y política de la clase burguesa".

Con el desarrollo de la burguesía y con la implantación de sus relaciones de producción y de intercambio se fueron creando las condiciones sociales en las que debía hacer su aparición la lucha de una nueva clase: la clase proletaria.

Con gran confusión teórica, como era lógico, se producen los primeros intentos a partir de 1794 con los Egoux de Graco Babeuf. Con mayor claridad se produce la insurrección de 1831 en Lyon, en la que participan mayoritariamente los proletarios de la época. Se repetirá en Inglaterra en 1842 y 1847, influenciados por el ala izquierda del Partido Cartista. Están a la cabeza de la insurrección de febrero en 1848 en París. De un modo ingenuo intentan cambiar al gobierno en las jornadas de junio de 1848 también en París, siendo reprimidos ferozmente por la burguesía democrática (ver "Las luchas de clases en Francia" de Marx). Influenciados por la Iª Internacional, los proletarios parisinos intentan la heroica hazaña de conquistar el poder político. Esta lucha dará lugar al nacimiento de la Comuna de París, que en batalla desigual se bate encarnizadamente contra los ejércitos de Francia y Alemania, confederados contra el proletariado revolucionario.

Los defensores de los "derechos del hombre" torturaron y asesinaron friamente a miles de comuneros desarmados. Los demócratas, que son los defensores de los "derechos del hombre", no tuvieron miramientos con sus víctimas, entre las que había cientos de mujeres y niños, como tampoco los habían tenido en las jornadas de junio de 1848 en esa misma ciudad. La burguesía llevó a cabo su represión en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad, derechos del hombre y demás pamplinas de los que dicen representar a todo el PUEBLO.

A partir de entonces, la burguesía mundial comprendió que su nuevo enemigo, el proletariado, estaba ahí, esperando el momento para acabar con su régimen de explotación. Y la burguesía entendió que la única manera de evitar tal objetivo, era impidiendo que este enemigo, disperso y desorganizado, se constituyera en fuerza independiente de la misma burguesía y opuesta a ella, con su programa histórico.

Por lo que estos hechos ya demuestran que la burguesía defenderá siempre su represión contra el proletariado en revuelta